

## ¿Por qué cantan los grillos?

Hace mucho tiempo existían en el bosque muchos animalitos. Los había grandes, chicos y unos muy diminutos como los insectos. Durante el día se podían ver a las afanosas hormigas, las infatigables abejas, las coloridas mariposas y otros, mientras que en las noches se podían encontrar a los mosquitos, las polillas y los grillos.

En ese entonces los grillos solían a cantar con sus voces justo en el momento en que paraba de llover y la tarde se hacía noche. Los bichitos, se paraban en algún lado, aclaraban la garganta y soltaban sus coros con mucho entusiasmo, pero sus cantos apenas si se oían y fácilmente eras superados por las ranas del estanque, quienes siempre se burlaban de ellos.

— No importa —decían los grillos —No les estamos cantando a ellas —  
Aunque en realidad sí les daba mucho coraje.

Una tarde los grillos se reunieron con la finalidad de discutir qué hacer para que su canto superara al croar de las ranas. Hubo varias sugerencias, pero no creyeron que funcionaran, hasta que alguien dijo:

—¿Y si hacemos ruido golpeando cosas? —Al parecer era una buena idea, enseguida juntaron ramitas, hojas, trocitos de madera y pequeñas piedras con lo que crearon un ritmo muy agradable.

Esa misma noche probaron sus instrumentos golpeando, raspando o frotándolos a un mismo compás hasta lograr un sonido tan distintivo y fuerte que podía competir con las ranas, a quienes causó desconcierto, hasta que ellas retomaron su canto al mismo ritmo de las percusiones, lo que hizo parecer que era un solo sonido, pero ninguno de los dos bandos dejó de tocar o cantar entrando en franca competencia, hasta que alguien se cansara primero.

—Al menos ya estamos iguales —dijo un grillo color café que golpeteaba con ánimo dos tallos pequeños. Su compañero, un grillo verde que apenas si frotaba dos hojas le contestó:

— ¿Eh?

—¿Por qué estás tan distraído? —preguntó el grillo café.

— Es que todo el día me la paso pensando en ella.

—¿Ella? ¿Quién?

Dando un suspiro, el grillo verde dijo:

—Ella, la que vuela con la gracia de un ángel y brilla con luz propia.

—Uy, amigo, estás enamorado, con razón, pues mira, si quieres que se fije en ti, debes tocar más fuerza para que sobresalgas de entre todos— dijo el grillo café más con la intención de que se concentrara en lo que estaban haciendo que para solucionarle el problema de amor.

La idea funcionó, porque el grillo verde tocó con más ganas esperando que su amada volteara a verlo todas las noches después de llover, pero cuando ella se acercaba ni siquiera notaba que estaba ahí. Esto decepcionó mucho al enamorado, así que pensó que no solo debía sobresalir de las ranas, sino también de los otros grillos.

Intentó golpear una vara grande en contra de un tronco, pero se cansaba muy rápido por el peso que debía cargar. Otra noche se le ocurrió brincar repetidamente sobre un helecho, mas lo único que consiguió fue empapar a los

insectos que estaban debajo descansando, pues todas las plantas estaban húmedas. Nada le funcionaba y de pronto se dio cuenta que, al terminar la temporada de lluvias, no volvería ver a su pretendida, así que debía darse prisa.

El grillo verde intentó varias cosas sin éxito y la desesperación le provocó una angustia tal que una tarde, varias partes de su cuerpo se le movían involuntariamente. Primero una patita, luego un párpado, más tarde las manos y al final era una montaña de tics nerviosos.

Luego de varios días, aunque el grillo café sentía pena por ver a su amigo triste, debía recordarle la cruel realidad:

— Hoy es luna llena y con ello terminarán las lluvias, nadie duda de tu sentimiento por ella, pero creo que deberías resignarte.

El grillo verde levantó la cabeza y se quedó mirando fijamente a la luna que ya se veía entre las nubes que comenzaban a dispersarse. El cielo dejó caer las últimas gotas de la temporada que se sumaron a un par de lágrimas.

A llegar la noche, las ranas iniciaron su canto antes de lo acostumbrado solo con la intención de molestar a los grillos, quienes, acongojados por la tristeza de su compañero no tenían ánimos de tocar. El grillo verde vio que su amada había llegado, pero, en lugar de acercarse, se alejaba con sus compañeras igual que la esperanza de llamar su atención y entonces su desesperación volvió.

Sus patas, alas y antenas se movían sin que él lo quisiera una y otra vez con más fuerza conforme pasaba el tiempo hasta que llegó el momento en que sus alas vibraron, no para volar, sino de una forma tan fina que se oyó un sonido nunca antes escuchado por nadie. “Crit-Crit-Crit” era lo que el desesperanzado animalito hacía con sus alitas. “Crit-Crit-Crit” se volvió a oír. “Crit-Crit-Crit” cundió

por el lugar, a pesar del canto de las ranas e hizo que todos sus compañeros levantaran la cara para mirar con asombro lo que el grillo verde hacía.

Su amigo, el grillo café, comenzó a imitarlo moviendo las alas y luego de varios intentos consiguió acompañarlo, lo que motivó a que el resto de los grillos también quisieran hacer lo mismo y finalmente produjeron un dulce rumor que inundó el ambiente distinguiéndose del croar de las ranas, dejándolas boquiabiertas y haciendo que los otros insectos nocturnos se detuvieran y regresaran para ver qué pasaba.

Desde entonces los grillos cantan todas las noches frotando sus alitas y con su dulce sonido logran arrullar a todos aquellos que a esa hora se resguardan en sus nidos para cerrar los ojos, acurrucarse y descansar.

Esto gracias a aquel grillo verde que sin proponérselo había conseguido el “Crit-Crit-Crit” por haberse enamorado de un imposible y ella, al escucharlo por primera vez, le correspondió con una gentil sonrisa como promesa de regresar la siguiente temporada mientras volaba con gracia y brillaba con luz propia, como la luciérnaga que era.

Paulus Ximo.